

su casa rueca nunca entra todo el año: este es el peor daño!» (1) [Digno remate para un libro de filosofía moral!]

Por su temperamento literario, el Arcipreste no podía menos de gustar de las obras de Juan Boccaccio, y en efecto le cita varias veces y hasta le traduce en el largo debate entre la Fortuna y la Pobreza, que ocupa buen espacio en la parte cuarta de la obra del Bachiller Martínez (2). También le menciona al tratar de los afeites femeniles, aunque se precia, y con razón, de haber profundizado la materia mucho más que él: «E aun desto habló Juan Bocacio de los arreos de las mugeres e de sus tachas e cómo las encubren, no tan largamente». Pero comparados entre sí el *Corbacho* italiano y el castellano, no se advierte entre ellos más que una semejanza vaga y genérica, a lo sumo cierto aire de familia. Boccaccio emplea la forma alegórica, evoca el espectro del marido de la dama que le había desdeñado y le hace prorrumpir en una odiosa y repugnante invectiva contra su consorte, siendo esta venganza particular el principal objeto del libro. La sátira del Arcipreste es mucho más general y desinteresada, y por lo mismo más amena, regocijada y chistosa: emplea la forma directa, sin mezcla de visiones ni alegorías. «El *Corbaccio* del novelista de Certaldo (según acaba de escribir un crítico italiano), parte de un hecho individual, expone con profundo análisis psicológico una batalla interna de amor, es un libro de sentimiento que no ha prestado absolutamente nada a la obra de Alfonso Martínez. Lo único que puede ser materia de comparación, es decir, la sustancia de las acusaciones contra las mujeres, se deriva en el uno y en el otro del fondo común de la Edad Media» (3). Tampoco hay relación ninguna directa entre los dos *Corbachos* y la sátira valenciana de Jaime Roig contra las mujeres (*Libre de les dones*), que si tiene algún modelo conocido es el poemita latino de Matheolus.

Quizá más que Boccaccio influyó en la parte doctrinal de la *Reprobación del amor mundano* el enciclopédico escritor catalán Fr. Francisco Eximenis. No puede dudarse que el Arcipreste de Talavera conocía su *Libro de las Donas*, puesto que el códice de tal obra existente en El Escorial fué de su propiedad y en él estampó su firma, aunque en fecha posterior al de la composición del *Corbacho* (4). Pero esto no es obstáculo para que le hubiese leído antes en otro ejemplar, y realmente es notable la semejanza en algunos pasajes, como el que citó Amador de los Ríos acerca de las galas de las mujeres (5).

(1) Pág. 330.

(2) «Otra razón te diré la qual Juan Bocacio prosygue, de la qual pone un exemplo tal. Dize que él, estando en Nápoles oyendo un día lición de un grand filosofo natural maestro que ally tenia escuela de astrologia, el qual avia nombre Andalo de Nigro, de Genova cibdadano, leyendo la materia que los cielos en sus movimientos facen e de los cursos de las planetas e sus influencias, dixo esta razón: non debe poner culpa á las estrellas, signos e planetas quando el causador busca su desaventura e es causador de su mal; e pone un enxemplo para probanza desta razón, el qual queriendolo entender alegoricamente, tiene en sy mucha moralidad, quien en él bien pensare, aunque á primera vista parezca patraña de vieja. E el enxemplo es este...» (Págs. 285-317).

(3) *I primi influssi di Dante del Petrarca e del Boccaccio sulla Letteratura Spagnuola... Saggio di Bernardo Sawiseni*, Milán, 1902, pág. 318.

(4) «Este libro es de Alonso Martínez, arcipreste de Talavera, racionero en la iglesia de Santa María de Toledo, comprado en xxvi d'agosto de 48 años de mas de mil CCCC en Toledo. Quinientos maravedis, et otro libro, Alfonsus Talaverensis, porcionarios Toletanus».

(5) «¿Qué diremos de las mugeres presentes, que se fassen desir mugeres del tiempo, mugeres de la guisa, mugeres de la ventura e mugeres de la arte? Que van con nuevos tajos de vestiduras e con enamorados gestos, que vuelven los ojos acá et allí, van juntas brazo por brazo et se muestran todas las joyas, si bien no es día de mercado; que cuanco se muestran, colecan et cabecean más espesso que la sierpe, et fassen á todos los maridos bestias et más que locos... et traen las

Tales consideraciones en nada menoscaban el arranque genial de la obra del Arcipreste de Talavera. Es el único moralista satírico, el único prosista popular, el único pintor de costumbres domésticas en tiempo de don Juan II. Su libro, inapreciable para la historia, es además un monumento de la lengua. Le faltó arte de composición, le faltó sobriedad y gusto, pero tuvo en alto grado el instinto dramático, la sensación intensa de la vida, y adivinó el ritmo del diálogo. El Bachiller Fernando de Rojas fué discípulo suyo, no hay duda en ello; puede decirse que la imitación comienza desde las primeras escenas de la inmortal tragicomedia. La descripción que Pármeno hace de la casa, ajuar y laboratorio de Celestina parece un fragmento del *Corbacho*. Cuando Sempronio quiere persuadir a su amo de la perversidad de las mujeres y de los peligros del amor, no hace sino glosar los conceptos y repetir las citas del Arcipreste. En el uno como en el otro, para probar cómo los letrados pierden el saber por amar, se alegan los ejemplos de David, Salomón, Aristóteles y Virgilio el Mago (1). El *Corbacho* es el único antecedente

cejas pintadas en arco, et coloradas con catorce colores; que de cabeza á pies son remifadas, et non les fallestes solo vn chaton; que todas van enjoyadas, todas almiscadas et con olores de tunique; solamente de punta tocan en el suelo, quando van, et los chapines con polaynas, et de verano guantes dorados en las manos...» (Cap. XXIV del tratado 3.º de la primitiva versión castellana del *Libro de las Donas*, distinta de la que luego se imprimió con el título de *Carro de las Donas*. Apud Amador de los Ríos, *Historia de la literatura española*, t. VI, p. 283).

Curioso es, sin duda, el pasaje de Eximenis, pero ¡qué frío y seco parece al lado de los atrevidos toques y ardientes pinceladas del Arcipreste de Talavera! Este era un poeta a su modo; Eximenis, un moralista.

Una cita de su *Vita Christe* hallamos también en el *Corbacho*, nuevo argumento de lo familiares que eran a Alfonso Martínez las obras del franciscano catalán: «segund en el libro de *Vita Christi* dixo maestre Francisco Ximenes, frayle menor» (pág. 235).

(1) El cuento de Aristóteles enamorado procede, como es sabido, de un *fabliau* francés (*Lai d'Aristote*). Véase cómo le aprovecha el Arcipreste: «E demas Aristotyles, uno de los letrados del mundo e sabidor, sustentó ponerse freno en la boca e silla en el cuerpo, cinchado como bestia asnal, e ella, la su coamante, de suso cavalgando, dándole con unas correas en las ancas. ¿Quién non debe renegar de amor sabiendo que el loco amor fizo de un tan grand sabio, sobre cuantos fueron sabios, bestia enfrenada andando á quatro pies?».

La leyenda de Virgilio es todavía más famosa; pero copio la versión del Arcipreste, porque no la cita más que por referencia Comparetti en su admirable libro *Virgilio nel Medio Evo*:

«¿Quién vido Vergilio, un hombre de tanta acucia e ciencia, qual nunca de mágica arte ni ciencia otro qual quier o tal se sopo nin se vido nin se falló, segund por sus fechos podrás leer, oyr e veer, que estuvo en Roma colgado de una torre a una ventana, a vista de todo el pueblo romano, solo por dezir e porfiar que su saber era tan grande que mujer en el mundo non le podía engañar? E aquella que le engañó presumió contra su presunción vana cómo le engañaría, e así como lo presumió lo engañó de fecho: que non ha maldad en el mundo fecha nin por facer que á la mujer mala e difícil á ella sea de esecutar e por obra poner... Pero non digamos de los engaños que ellas rescibieron, resciben e rescibirán de cada día por locamente amar, pues el susodicho Virgilio sin penitencia non la dexó que mucho bien pagó a su coamante, que apagar fizo en una hora, por arte mágica, todo el fuego de Roma, e vinieron a encender en ella todos fuego, que el fuego que el uno encendia non aprovechaba al otro, en tanto que todos vinieron á encender en ella fuego en su vergonçoso logar e cada qual para sí, por veenganza de la desonrra que fecho avia á hombre tan sabio» (págs. 49-53).

Más adelante trae otra variante de la misma leyenda, atribuyéndosela a un personaje español, al almirante D. Bernardo de Cabrera:

«Mas te diré, que yo vi en mis dias en finidos hombres, y aun fembras sé que vieron a un hombre muy notable, de casa real e cuasi la segunda persona en poderío en Aragon, mayormente en Çezylia, por nombre mosen Bernad de Cabrera, el qual estado en cárceles preso por el rey e reyna, porque facia en Çeçilia mucho mal e daño al señor rey, por quanto tenia por sí muchos castillos e logares fuertes e non andaba á la voluntad del rey, fue preso; e por lo aviltar e desonrrar fizieron con una mujer que él amaba que le consejase que se fuese e se escolase por una ventana de una torre do preso estaba, para ir a dormir con ella, e despues que se fuese e fuyese desde su casa; esto por enduzimiento del rey, e ella que le plogo de lo facer. E él creyendo la mujer, pensando que le non engañaría, creyola e tomó una sogá que le ella envió. E el que le guardaba dióle logar á todo e dexóle limar el cerrojo de la ventana, e començó

digno de tenerse en cuenta para explicarnos de algún modo la perfección de la prosa de la *Celestina*. Hay un punto, sobre todo, en que no puede dudarse que Alfonso Martínez precedió a Fernando de Rojas, y es en la feliz aplicación de los refranes y proverbios que tan exquisito sabor castizo y sentencioso comunican a la prosa de la *tragicomedia de Calixto y Melibea*, como luego a los diálogos del *Quijote*.

Puede decirse que el Arcipreste de Talavera, a la vez que abrió las puertas de un arte nuevo, enterró el antiguo género *didáctico-simbólico*. Raras veces aparece durante el siglo xv, y nunca puro: se combina con elementos caballescicos y acaso con la novelesca italiana en el extraño mosaico de *El Caballero Cifar*, de que hablaremos luego; entra como elemento accidental en algunos libros morales, como los *astigos et doctrinas de un sabio a sus hijas* (1); pero las pocas ficciones morales y políticas que en la segunda mitad de aquel siglo pueden encontrarse tienen ya carácter marcadamente clásico, y denuncian la acción eficaz de otros modelos muy diversos de las colecciones orientales.

Tal acontece, por ejemplo, con dos opúsculos del cronista Alfonso de Palencia, uno de los primeros obreros del Renacimiento en España, traductor de Plutarco y de Josefo, historiador más sañudo que elegante de las cosas de su tiempo, autor del primer vocabulario latino-hispano que vió Castilla, obscurecido muy pronto por el de Antonio de Nebrija; varón, en suma, cuyos conatos fueron útiles, y que contribuyó en gran manera a ensanchar los dominios de la lengua patria y a darla majestad y nervio. Tales cualidades son las que principalmente recomiendan su novelita alegórica *Batalla campal de los perros y lobos* y su *Tratado de la perfección del triunfo militar*. Con decir que estas obrillas fueron compuestas primeramente en latín y traídas luego por su autor a nuestro romance, como ejecutó con otras suyas, puede sospecharse ya que se trata de ejercicios de estilo, sospecha que se confirma con la declaración del propio Palencia, que dice haberlas compuesto para «experimentar por estas fablillas cuánto valdría mi péñola en la historial composición de los hechos de España». No sin fundamento se ha sospechado, y el autor mismo parece insinuarlo, que es la *Batalla campal* una sátira política disfrazada. Si algo hay de esto, hemos perdido la clave; de todos modos, no puede referirse al período más turbulento del reinado de Enrique IV, puesto que fué compuesta muy a los principios de él, en 1457, cuando la guerra civil no había estallado ni era de temer aún. Leída sin prevención, la *Batalla de los lobos* es un grande apólogo, que, por su generalidad, puede aplicarse a cualquier batalla y contienda humana, y que da pretexto al autor para ejercitar la pluma en describir consejos militares, ardidés y astucias de guerra, y poner pulidas arengas en boca de los animales, adiestrándose así para la narración histórica que iba a emprender en sus *Décadas*. Creemos que el valiente lobo *Harpalao*, el rey *Antarion* y su esposa *Lecada*; el fuerte *Halipa*, capitán de los perros, y los demás personajes de esta fábula, no encierran misterio alguno en sus hechos ni en sus dichos.

á descender por la torre abaxo e en medio de la torre tenía una red de esparto gruesa, abyerta, que allá llaman xábega, con sus artificios. E quando fue dentro en la red, cerráronla e cortaron las cuerdas los que estaban dalto en la ventana, e así quedó allí colgado fasta otro día en la tarde que le levaron de allí sin comer nin beber. E todo el pueblo de la çibdad e de fuera della, sus amigos e enemigos, le vinieron á ver allá, donde estaba en jubon como Virgilio, colgado».

(1) Publicado por Knust en la colección de los Bibliófilos Españoles (*Dos obras didácticas y dos leyendas*), 1878, págs. 249-295. Contiene la historia de Griselda, pero no tomada de la última novela del *Decameron*, sino de uno que llama «libro de las cosas viejas», donde sin duda estaba muy abreviada.

La raposa (*Calidina*) interviene en el libro como embajadora y va a notificar la guerra a los perros como faraute; pero no parece de la misma casta que la diabólica zorra de los poemas franceses, y es asimismo independiente de la tradición del *Calila y Dimna* seguida por Ramón Lull. Los elementos que combina Alonso de Palencia pertenecen todos a la fábula esópica, y quizá tuvo presente también la *Batracomiomachia*, que cita al principio: «Fizo lo semeiante el muy artificioso y muy grande Homero, sabidor en todas las artes, el cual antes que començase a escribir la *Iliada*, muy fondo el piélagos de grandes y maravillosas batallas, compuso la guerra de las ranas y mures, sin dubda contienda entre animales viles, mas no con vil péñola escrita. E yo, cobdiendo seguir, o muy valeroso varón (su amigo Alfonso de Herrera, a quien dedica el tratado), el camino y doctrina de tan gran cabdillo, antes que pusiese la péñola en escribir los fechos de España, quise someter a tu sabia enmienda lo que sobre la guerra cruel entre los lobos y perros habida compuse».

A esta novelita de animales siguió dos años después (1459) otra *fablilla* más importante por algunas curiosidades históricas que contiene y también por ser uno de los más antiguos ejemplares de la literatura militar española, que tanto había de florecer en la centuria décimasexta. Partiendo del principio de que los españoles brillan más por el valor que por la disciplina, y son «más aptos para exercitar las armas que sometidos a orden y obediencia, de donde proceden muchos inestimables daños e quizá menguas», personifica la milicia española en un mancebo llamado *Exercicio*, que va a buscar la enseñanza y la *perfección del triunfo* en Italia, y acaba por asistir en Nápoles a la gloriosa entrada de Alfonso V de Aragón (disfrazado con el nombre de *Gloridoneo*) en 26 de febrero de 1443. El libro, a pesar de la frialdad que pudiera recelarse de la continua presencia de figuras alegóricas, tales como la *Discreción*, la *Prudencia*, la *Obediencia* y el mismo *Triunfo*, es de amena y fácil lectura, y tiene todo el interés de un viaje por comarcas que el mismo Alonso de Palencia había recorrido y cuyas costumbres había observado sagazmente. Notable es bajo este aspecto la descripción de Barcelona, que «resplandece por un increíble aparato sobre las otras çibdades de España», aunque se encontraba entonces en cierta decadencia comercial, y un ciudadano le dijo que *retenia solamente una faz afitada* de lo que había sido. Así y todo, comparándola con la anarquía y postración de Castilla, no puede contener su entusiasmo y exclama: «Oh buen Dios, ya agora miro una çibdad situada en una segura, y en medio de la esterilidad es muy abundosa, y veo los çibdadanos vencedores sin tener natural apareio, y el pueblo poseedor de toda mundanal bienandanza por sola industria. Por cierto estos varones consiguen los galardones de la virtud, los cuales, por ser bien condicionados, poseen en sus casas riquezas; y por el mundo, fasta más léxos que las riberas del mar asiático, han extendido su nombre con honra, y con todo no piensan agora vevir sin culpa, mas afirman que su república es ençonada de crimines. La semeiante criminación procede de una *sed* de *bien administrar*; mas nosotros, demonios muy oscuros, demandamos guirlanda de loor viviendo en espesura de aire corrompido, y porfiamos perder todas las cosas que nos dió conplideras la natura piadosa, desdeñando los enxemplos de los antepasados y aviendo por escarnio lo que es manifesto. Et por ende siguiendo este camino, me ha causado una cierta mezcla de cuyta y de alegría, ca tanto se me representa la oscuridad de los nuestros quanto me deleyta mirar el resplandor de los otros» (1). Esta imparcial y generosa apreciación de los catalanes por uno de los castellanos más ilustres del

(1) Págs. 41-42 de la reimpresión.

siglo xv es sin duda página histórica digna de recogerse, y muy propia del experto político que tan eficazmente trabajó después en la feliz unión de las dos coronas y en la regeneración política de Castilla bajo el cetro de los Reyes Católicos.

Prosiguiendo el *Exercicio* su viaje llega a París, donde queda encantado de la alegría y cordialidad de los franceses, describiendo su oficiosa y zalamera hospitalidad con vivísimos colores que parecen robados a la paleta del Arcipreste de Talavera. La misma rapidez en el diálogo, la misma fuerza expresiva en las palabras del huésped: «Sa, sa, Colin, Guillaume, Jacotin, fiebre cuartana te pueda luego matar. Guillaume, perezoso, tragón, piélagos de vino, ¿por qué no corres? toma la rienda, ves aquí el caballo del señor. Vos, familiares embriagos, ¿por qué no levais dentro las cabalgaduras destes caballeros? El rodado ponadlo a la man derecha del establo porque es rifador, y el morzillo ponlo do quisieres, estará quedo. Tú, bestia campesina, ¿por qué no traes del vino? Trae, trae de aquel vino plazible, ¿sabes cuál digo? el colorado; lava prestamente los vasos; vé tú, trae lardo a la cocina, por cierto rancioso es... Veyste aquí los capones, veyste aquí las perdices, aquí tienes los palominos caseros muy gruesos, carnero castrado, ternera, y las tripas dél aparéalas con gran diligencia muy presto... ya el tiempo del yantar requiere la diligencia de los muy buenos *familios* (?); veys aquí especias. O señores, ¿sabe bien el vino? razonable creo que es. Trae, Colin, de aquello que a ninguno he mostrado, ¿sabes? en la cubilla, ya me entiendes, en la pequeña, que está a la man derecha de la bodega; grueso es o mis señores, grueso, amable, sin dubda su nombre es amable, no burlo; esto es. Ves aquí otro más delicado, de lo que más quisierdes mientras se apareia el maniar. O rosa bela, tú, Rogier, lieva el tenor; Faques, guarda la contra, y yo lievo la voz del canto, o rosa bela... yo bebo a *uis*, o alegre caballero de España» (1).

De Francia pasa el *Exercicio* a Lombardia y Toscana, y le sorprenden las maravillas del arte del Renacimiento, alegóricamente compendiadas en el palacio que la *Discreción* tenía a la falda del Apenino, morada no sólo de recreación, sino que contenía además estudios de diversas disciplinas. Florencia, Siena, Perugia y Rímani son etapas de su camino. Los despedazados restos de la grandeza romana mueven a admiración y duelo su alma de humanista. «Iba cuasi fuera de su sentido por las carreras, afeadas por miserable caída, en las cuales daban no pequeño empacho a los viandantes los pedazos rotos de muy grandes columnas y montones que de una parte y de otra estaban fechos de muros destroydos. Ya llegó delante del Capitolio, donde no vió, segund se felló escripto, aquella maiestad de la antigüedad y dignidad del señorío. Mas lo que había aun remanescido de las probrezas caídas se podía juzgar cuerpo de edificio muerto y afeado con llagas...» (2).

No nos detendremos en la parte militar del libro; baste decir que el autor tenía puestos los ojos en la legión romana, como era de esperar de sus estudios y aficiones, y aunque extraño al ejercicio de las armas, obedecía a aquel grande impulso que en los albores de la Edad Moderna iba a transformar el arte de la guerra con el ejemplo vivo de las campañas del Gran Capitán y con los preceptos de Maquiavelo.

Salvo algún ligero resabio de afectación retórica, el *Tratado de la perfección del triunfo militar* es uno de los libros mejor escritos del siglo xv. Alonso de Palencia vacía su frase en el molde latino; pero no desatentadamente y sin gusto, como lo habían hecho el traductor del *Omero romanizado* y el autor de los *Trabajos de Hércules*, sino

(1) Págs. 44-47.

(2) Pág. 102.

con cabal conocimiento de ambas lenguas y con el tino suficiente para no romper a tontas y a locas el organismo gramatical de la nuestra. Educado por el obispo D. Alonso de Cartagena, que conservó cierta sobriedad en el latinismo, y familiarizado luego en Italia con la cultura clásica de primera mano, discípulo de Jorge de Trebisonda y familiar del cardenal Bessarión, llegó a adquirir una idea noble y alta del estilo, y si en sus obras latinas no llegó a realizarla, no fueron infelices sus conatos para imprimir en la lengua nativa un sello grave y majestuoso, una especie de dignidad romana, bastante bien sostenida. Y como al mismo tiempo era hombre de lozana fantasía, venció con talento las dificultades del género alegórico, amenizando sus razonamientos, que se deslizan con suave corriente y largos rodeos, a estilo ciceroniano. Páginas hay en el *Triunfo* y en la *Batalla de los lobos y perros* dignas de cualquier prosista clásico del tiempo del emperador Carlos V. Los Olivas, los Guevaras, los Valdés, tienen en él un precursor muy digno, aunque con las imperfecciones anejas al primer ensayo (1).

Anterior a los opúsculos de Alonso de Palencia es la *Visión delectable de la filosofía y artes liberales*, compuesta por el Bachiller Alfonso de la Torre para instrucción del príncipe de Viana; pero creemos que esta obra, una de las más notables que produjo el ingenio español en el siglo xv, no entra en el cuadro de la novela, aunque ofrezca cierta composición artística, del mismo modo que no se incluyen en la historia de la novela latina el libro de Marciano Capella, *De nuptiis Mercurii et Philologiae*, ni el *De consolatione* de Boecio, que parecen ser los dos modelos que el bachiller La Torre tuvo presentes. Su obra es una enciclopedia de carácter primordialmente científico, por más que se desarrolle en forma de coloquios entre la Verdad, la Razón, el Entendimiento, la Sabiduría y la Naturaleza, y aparezcan personificadas todas las virtudes y todas las artes liberales. El fin didáctico se sobrepone al estético, y la obra entera merece figurar en los anales de la filosofía española más bien que en los de la ficción recreativa. Como texto de lengua científica, no tiene rival dentro del siglo xv; la grandeza sintética de la concepción infunde respeto; algunos trozos son de altísima elocuencia, y la novedad y atrevimiento de algunas de sus ideas merecen consideración atenta, que en lugar más oportuno pensamos dedicarlas (2).

Tampoco creemos que debe incluirse entre las novelas, sino entre los diálogos político-morales, el imprópiamente llamado *Libro de los pensamientos variables* (3), que su autor, de quien sólo sabemos, por lo que él dice, que era «un pobre castellano con

(1) Las primeras ediciones de estos opúsculos de Alonso de Palencia, impresas en caracteres góticos a fines del siglo xv, sin año ni lugar de impresión, son de extremada rareza. De la *Batalla campal de los perros y lobos* no se conoce más ejemplar que el de la Biblioteca de Palacio, procedente de la Mayansiana. El original latino de la *Perfección del triunfo militar* se guarda en un códice de la Biblioteca Capitular de Toledo. De la versión castellana hay un ejemplar impreso en la Biblioteca Nacional y otro poseyó Salvá. Ambos tratados fueron reimpresos en la colección de *Libros de antaño* (tomo V, 1876) por el docto y malogrado académico don Antonio María Fabié, con un buen estudio biográfico y un glosario.

(2) Por ejemplo, su teoría del profetismo, muy semejante a la de Maimónides; sus ideas sobre el entendimiento agente, más afines a las de Avempace y Algazel que a las de los escolásticos; su doctrina de las tres vidas del hombre, que reaparece en muchos místicos; sus ideas sobre la música, que para él es una especie de metafísica latente, como para Schopenhauer; su clasificación de las lenguas en guturales, paladales y dentales; sus ideas sobre la palabra, que son las de la escuela tradicionalista, etc.

(3) Hállase en un códice de la Biblioteca Nacional (S. 219), y fué publicado por Amador de los Ríos en los apéndices al tomo VII de su *Historia crítica*, pp. 578-590. El extraño título con que se le designa en los antiguos índices se debe al encuadernador, y sólo tiene relación con las primeras frases del tratado, que realmente es acéfalo.

algo de portugués», dedicó a la Reina Católica con el loable fin de poner a sus ojos la opresión y servidumbre en que yacían los villanos y campesinos y excitar su celo justiciero contra los tiranos y robadores que habían estragado a Castilla en el infeliz reinado de Enrique IV. Valiéndose el anónimo escritor de una ficción que recuerda otras de los cuentos orientales e italianos, y que andando el tiempo inspiró a Lope de Vega su bellísima comedia *El villano en su rincón*, imitada en todos los teatros del mundo, presentaba a un rey perdido en la caza, que se encuentra con un rústico, de cuyos labios oye durísimas verdades. Es notable el atrevimiento de las ideas de este diálogo, que llega hasta discutir, por boca del rústico, el fundamento del derecho de propiedad y predicar una especie de colectivismo anárquico. «Los hombres, en este mísero mundo venidos todos, fueron igualmente señores de lo que Dios, antes de su formación, para ellos había criado, e desta manera, si honestamente dezir se puede, gran enemiga debemos haber e tener los tales como yo con los altos varones, pues forzosamente, habiéndose usurpado el señorío, nos han hecho siervos. E puesto que su magestad diga que aquesta larga e gran costumbre es ya vuelta en naturaleza, sepa que por aquellas leyes por donde lo dicho se principió, querríamos el contrario rehacer, porque toda cosa que con fuerza se haze, con fuerza deshazer se tiene». Verdad es que en la controversia con el Rey se templan mucho estas proposiciones, viniendo a parar todo en una inofensiva declamación contra las vejaciones y tropelías de que era víctima la clase labradora y contra el insolente lujo de los cortesanos. Puede creerse que el *Rústico* interlocutor de este diálogo sirvió de modelo para el *Villano del Danubio*, a quien hizo prorrumper Fr. Antonio de Guevara en tan vehementes invectivas contra la tiranía del Imperio Romano.

Ignoramos el actual paradero de cierta novela alegórico-política, al parecer extensa y dividida en doce libros, compuesta en 1516 por autor anónimo, con el título de *Regimiento de Príncipes o gobierno del rey Prudenciano en el reino de la Verdad* (1). De este libro, dedicado al futuro emperador Carlos V, sólo conocemos el curiosísimo pasaje relativo a la Inquisición, que publicó Llorente en los apéndices de su *Historia* (2) y que tiene trazas de estar muy modernizado en el lenguaje. Traslúcese que el autor era cristiano nuevo, y aunque no ataca de frente el Santo Oficio, pone de manifiesto sus abusos y propone algunas reformas e innovaciones para asimilar sus procedimientos a los de los tribunales ordinarios.

La tradición de esta clase de libros de política recreativa y de enseñanza de príncipes no se interrumpió durante el siglo XVI, pero cada vez se hizo más fuerte en ellos la influencia clásica, quedando enteramente anulada la oriental. Tal acontece en el *Marco Aurelio* del Obispo Guevara, visiblemente imitado de la *Cyropedia* de Xenofonte Pero como el *Relox de Príncipes*, además de su intención pedagógica, tiene caracteres de novela histórica, reservamos para más adelante el dar razón de su contenido.

(1) Existió el manuscrito en la Biblioteca de San Isidro hasta 1838, en que desapareció misteriosamente con todos los demás del mismo establecimiento, trasladados de Real orden al Congreso, para la Biblioteca de Cortes que había empezado a formar D. Bartolomé J. Gallardo. Consta con el núm. 89 en el *Índice* de dichos códices, publicado en el tomo VI de la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* (1876), pág. 32.

(2) *Histoire critique de l'Inquisition d'Espagne...* París, 1817, t. IV, pp. 389-412. Según advierte Llorente, el manuscrito de San Isidro había pertenecido a un jesuita llamado Enríquez.

IV

BREVES INDICACIONES SOBRE LOS LIBROS DE CABALLERÍAS.—SU APARICIÓN EN ESPAÑA.—CICLO CAROLINGIO («TURPIN», «MAYNETE», «BERTA», «REINA SEVILLA», «FIERABRÁS», ETC.).—INFLUENCIA DE LOS POEMAS ITALIANOS («REINALDOS DE MONTALBÁN», «ESPEJO DE CABALLERÍAS», ETC.).—ASUNTOS DE LA ANTIGÜEDAD CLÁSICA («CRÓNICA TROYANA»).—NOVELAS GRECO-ORIENTALES («PARTINUPLÉS, FLORES Y BLANCAFLOR», «CLEOMEDES Y CLARIMONDA», «PIERRES Y MAGALONA», ETC.).—NOVELAS VARIAS («OLIVEROS DE CASTILLA Y ARTÚS DE ALGARBE», «ROBERTO EL DIABLO», ETC.).—EL CICLO DE LAS CRUZADAS EN LA «GRAN CONQUISTA DE ULTRAMAR» («EL CABALLERO DEL CISNE»).—OTRAS NOVELAS DE LOS SIGLOS XIV Y XV.—EL CICLO BRETÓN EN ESPAÑA («TRISTÁN»; «LANZAROTE», «DEMANDA DEL SANTO GRIAL», «BALADRO DEL SABIO MERLÍN», «TABLANTE Y JOFRE».—CARÁCTER EXÓTICO DE TODA ESTA LITERATURA.

Nadie espere encontrar en el presente bosquejo de nuestra primitiva novela un tratado completo y formal sobre los libros de caballerías. Esta materia vastísima y sobremano compleja debe ser estudiada aparte y con toda la extensión que su importancia requiere. La investigación comenzada por Gayangos en 1857 va a ser continuada en dos o tres volúmenes de la presente *Biblioteca* por un joven erudito, de grande ingenio y saber, a quien sus primeros trabajos han dado ya muy honorífico puesto entre los cultivadores de nuestra historia literaria. De buena voluntad hubiese dejado yo enteramente intacta la materia caballerescas para que dignamente la ilustrara el Sr. D. Adolfo Bonilla y San Martín, si no me detuviese la consideración de que, omitiendo por completo esta enorme masa de libros, quedaría incompleta la historia de la novela en uno de sus puntos capitales, y nos faltaría la clave para explicar sus transformaciones posteriores. Pero como no gusto de meter la hoz en mies ajena, y menos cuando ha de ser tan bien espijada, procederé aquí muy rápidamente, trazando sólo las líneas generales del cuadro, sin entrar en una exposición detallada ni en un examen crítico, que aquí serían de todo punto imposibles. Lo que procuraré establecer con claridad es la clasificación y deslinde de los diversos ciclos y grupos de novelas, la época precisa de su aparición en España y la cronología de su desenvolvimiento.

Los libros de caballerías, a pesar de su extraordinaria abundancia, que excede con mucho a todas las demás novelas juntas de la Edad Media y del siglo XVI, no son producto espontáneo de nuestro arte nacional. Son una planta exótica que arraigó muy tarde y debió a pasajeras circunstancias su aparente y pomposa lozanía. Muchos de ellos son traducciones, otros imitaciones muy directas; pero es cierto que en el *Amadís*, en el *Tirante*, en los dos *Palmerines*, el género se nacionalizó mucho, hasta el punto de parecer nuevo a las mismas gentes que nos le habían comunicado y de imponerse a la moda cortesana en toda Europa durante una centuria. Una reacción del genio hispano, encarnándose en su hijo más preclaro, mató y enterró para siempre tan enorme balumba de fábulas; la misma facilidad con que desaparecieron y el profundo olvido que cayó sobre ellas, indica que no eran verdaderamente populares, que no habían penetrado en la conciencia del vulgo, aunque por algún tiempo hubiesen deslumbrado su imaginación con brillantes fantasmagorías. Había, con todo, en algunos de esos libros una parte de invención española, de originalidad y creación, aunque fuese subalterna. El autor del *Amadís*, sobre todo, digno de ser cuidadosamente separado de la turba de sus satélites, hizo algo